

Bolívar bautizó la primera institución educativa de Colombia con el nombre claro de Universidad Central

JAIME GONZALES PARRA

Señor Rector de la Universidad Central doctor Jorge Enrique Molina; señor Presidente de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe, doctor Antonio José Rivadeneira; señor Embajador de Venezuela, doctor Luis Lacorte; señor Director Emérito de *El Tiempo*, don Roberto García-Peña;

Señoras, señores:

Debo manifestar a ustedes mi profunda gratitud por la enaltecida distinción que, en la dignísima compañía del señor Embajador de Venezuela, doctor Luis Lacorte, se me confiere hoy, bajo la inspiración del ideario bolivariano y con el patrocinio moral e intelectual de este importante centro de estudios, la amada y benemérita Universidad Central. No obstante su juventud, o quizá por esa misma circunstancia, este noble Instituto adquiere cada día mayor dimensión espiritual y proyecta con más vitalidad la dinámica influencia de su experiencia docente hacia los cuatro puntos cardinales de la patria, hasta constituirse, por su filosofía a la vez humanista y pragmática, en piedra toral de la educación superior en Colombia. ¡Manes del Padre Libertador!. Porque cuando él quiso que se fundara la primera institución de su género en nuestra

historia republicana, la bautizó con ese claro nombre: Universidad Central. No en vano, entonces, han aunado sus esfuerzos esta Alma Mater y la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe, *Solar*. Saben sus portaestandartes que el pensamiento bolivariano está hoy más vigente que nunca; Que el aliento vital del máximo prócer de América, el don divino de su poderosa inteligencia no es realmente aquel que se procuró dejar plasmado en la frialdad del bronce, sino aquel otro que abandonó su envoltura física pero encarnó en su espíritu, en el eterno fuego de su pensamiento y que sigue, a través del huracán del tiempo, como un dios mitológico y tangible repitiendo en la conciencia de los pueblos liberados por su espada: "La patria es América".

Señores doctores Molina y Rivadeneira:

Encuentro feliz la circunstancia de que ustedes me hayan permitido compartir el alto honor que me confieren, con el digno representante del "Bravo Pueblo" en nuestra patria, doctor Luis Lacorte. Esto me hace propicia la ocasión para recordar cómo nuestras naciones hermanas se encuentran ligadas inextricablemente por el ayer, el hoy y el mañana; unidas como ningunas otras en la vasta geografía de América. Ayudándose mutuamente, las dos fueron las primeras en romper las cadenas de la tiranía. Bolívar y Santander se complementaron en medidas exactas hasta coronar la gloriosa gesta que habría de emancipar también a las patrias del sur. Por Sucre inmolado en Berruecos, hubo un Girardot sacrificado en el Bárbula. Por un Córdova en Pichincha y Ayacucho hubo un Anzoátegui o un Soubllette en Boyacá. Páez contuvo a los realistas en los Llanos de Apure: Padilla los combatió en el mar y libertó a Maracaibo. En la hazaña homérica del Pantano de Vargas, aquel 25 de julio de 1819, donde la suerte de América se jugó en las puntas de catorce lanzas llaneras enfiladas contra 500 jinetes realistas, siete de los lanceros eran venezolanos, y los otros siete eran granadinos. Los subtenientes venezolanos Miguel y Pablo Segovia, que allí lucharon con bravura, eran hermanos. También lo eran los tenientes granadinos Bonifacio y Saturnino Gutiérrez, de Piedecuesta, Santander. Pero, para ser exactos, los 14 lanceros eran 15. Al frente de ese grupo de valientes que, en ese instante glorioso que eternizó la historia, supieron salvar la patria, iba en arrollador galope sobre su potro llanero el legendario teniente

coronel Juan José Rondón, venezolano, de origen boyacense. Paradójica pero explicablemente —se me ocurre decir para poner término a estas breves reflexiones— que fueron los propios españoles los que en real alarde de hidalguía, hicieron el reconocimiento más justiciero de la dimensión humana del Libertador. A la frase lapidaria de don Miguel de Unamuno, cuando escribió que “La humanidad sin Bolívar estaría incompleta”, dicha para describir la vastedad de su obra y la proyección de su pensamiento, debe agregarse la expresión del propio don Pablo Morillo, ex-comandante en jefe del derrotado ejército realista y el más encanizado adversario de Bolívar durante los tres años finales de la guerra a muerte. Cuando le fue ofrecido en España el mando de un nuevo ejército de 20 mil hombres de infantería y 3.000 de caballería para emprender una nueva reconquista, respondió con irónico desprecio: “Insensatos. No saben lo que piden. Dénme uno sólo de los batallones de Bolívar, y conquistaré a Europa.

Señores: la ruta trazada por Bolívar para la unidad hemisférica, sigue siendo una premisa de su destino histórico. Ese denominador común de sangre y heroísmo, de sed de justicia y ansia de libertad, fue y sigue siendo compartido por Colombia y Venezuela en comunión de ideales, y prolongados por caudillos modernos como los que se acogen hoy bajo altas aulas. Al recibir con orgullo este preciado galardón bolivariano, permítanme ustedes sumarme a sus huestes como el más humilde soldado, para continuar la lucha.

Muchas gracias